

## DOS

**E**l doctor Brown era el médico de nuestra familia desde que yo podía recordar. Después de varios minutos sentados en su sala de espera, su asistente nos hizo pasar a un consultorio amarillo mostaza con cuadros de peces en las paredes. Ahora que estábamos allí, no podía quedarme quieto. Me senté, tamborileé con los dedos contra mis muslos, me puse de pie, miré los cuadros y volví a sentarme.

Se abrió la puerta y entró el doctor Brown. Siempre había sido superdelgado y serio, y siempre se las ingeniaba para tomar las riendas apenas entraba a una habitación. Le sonrió a mi madre, me estrechó la mano y luego se sentó en su taburete con rueditas.

–Bien, Parker, hacía tiempo que no te veíamos –se inclinó sobre mi historia clínica y lo único que pude ver fueron los cabellos cortos de la coronilla de su cabeza–. Tratándose de un adolescente, eso suele ser bueno. ¿Qué te trae hoy por aquí?

Me crucé de brazos.

–Me cuesta dormir.

–Eso no es todo –acotó mamá. Volví a desear que se hubiera quedado en la sala de espera–. Está bajando de peso.

El doctor me echó un vistazo y volvió a mirar la historia clínica.

–Los adolescentes suelen fluctuar mucho. ¿Sigues jugando al fútbol?

Asentí.

–Puedo darte unas píldoras para dormir, para ayudar a tu cuerpo a recuperar su ritmo, pero no quiero que las tomes por mucho tiempo. Y

tienes que comer lo suficiente para compensar el ejercicio –echó un vistazo a su reloj y nuevamente a mi historia clínica.

–Está bien –respondí, intentando no sonar tan frustrado como me sentía. Por supuesto que había probado con somníferos. De los de venta libre, pero aun así, empeoraban mucho el agotamiento. Al día siguiente, estaba tan atontado que apenas podía caminar. Eso no iba a llevarnos a ninguna parte, y no podía preguntarle nada delante de mamá. Qué pérdida de tiempo.

El doctor Brown me miró un momento con los ojos entornados y luego se volvió hacia mamá.

–Hay un formulario nuevo del seguro médico que necesito que llene mientras converso con Parker. Solo para asegurarnos de que no pasa nada más, si los dos están de acuerdo.

Mamá me miró y asentí.

–Sí, estaré bien, mamá. Adelante.

Se puso de pie y siguió al médico a la recepción. Traté de prepararme. Tendría apenas unos minutos a solas con él. Seguramente tenía sus propios motivos para hacer salir a mamá, pero yo necesitaba controlar la conversación.

Cuando volvió a entrar, me entregó un folleto: *Las drogas y la mente adolescente*. Rezongué y meneé la cabeza.

–No estoy acusándote de nada, pero cuando uno lleva tanto tiempo ejerciendo la medicina, aprende a leer los síntomas –explicó. El doctor Brown tenía ojos bondadosos. Eran solidarios, compasivos... pero eso no cambiaba el hecho de que estaba tan equivocado como todos los demás-. Ya sabes que cualquier droga que pongas en tu organismo puede afectar también tu ritmo de sueño.

Lo miré directo a los ojos.

–Solo a modo de hipótesis, digamos que estoy consumiendo drogas que me impiden dormir.

Las espesas cejas del médico se levantaron. Obviamente no era la respuesta que había esperado.

–¿Qué estás consumiendo?

–Yo no admití nada, y no importa –me incliné hacia adelante y apoyé los codos en las rodillas–. Lo que necesito saber es qué le pasa al cerebro de una persona cuando no duerme.

El doctor Brown meneó la cabeza.

–¿Si no duerme en absoluto?

–Sí.

–Bueno, primero se siente fatigada, irritable, alterada emocionalmente, claro –se encogió de hombros, pero observaba mis reacciones con atención–. Y luego habría temblores cuando el cerebro empezara a experimentar interrupciones en su control del cuerpo. A la larga, el cuerpo caería exhausto y el problema se resolvería por el momento.

Por más cansado que estuviera, yo jamás me derrumbaba y mi cerebro nunca dormía. Yo no era normal. Negué con la cabeza.

–Supongamos que no cayera exhausto. Que, por el motivo que fuera, el cuerpo siguiera adelante. ¿Qué pasaría entonces?

El médico frunció el ceño.

–Eso no es posible sin interferencia externa... y estimulación extrema.

–De acuerdo, con esas cosas, entonces –no sé muy bien en qué momento me puse de pie, pero sus ojos se dilataron al mirarme–. ¿Qué pasaría entonces?

–No entiendo. ¿Por qué me preguntas eso?

Retrocedió un poco con su taburete.

Me acerqué un paso más pero mantuve la voz baja. Necesitaba que me respondiera.

–¿Qué pasaría entonces, doctor?

Frunció el ceño y se puso de pie, pero aun así yo le llevaba unos cinco centímetros.

–La persona se volvería psicótica, experimentaría una serie de síntomas psicológicos peligrosos, y luego... bueno, luego moriría.

Sentí como si me hubiera dado un puñetazo en el vientre. El consultorio empezó a dar vueltas un poco y volví a sentarme. Mis ojos se clavaron en la alfombra que tenía delante. Las investigaciones que había hecho... yo tenía razón. Eran correctas. No quería tener razón.

El doctor Brown se recostó en su taburete y lo acercó más a mí.

–¿Por qué estas preguntas, Parker? No estarás diciendo que tú...

–No –lo interrumpí, y levanté la vista con una sonrisa forzada–. Es para un proyecto científico en el que estoy trabajando para la escuela.

–Ah.

Se quedó mirándome en silencio y me di cuenta de que ahora me dedicaba toda su atención, pero yo ya no la quería. Había ido en busca de una respuesta, y él me la había dado. Solo necesitaba salir de allí sin que tratara de internarme.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta y mamá asomó la cabeza.

–¿Terminaron?

Asentí y me puse de pie. Me di cuenta de que todavía tenía en la mano el folleto sobre drogas y lo guardé en el bolsillo, pero mamá alcanzó a verlo. Perfecto.

–Creo que las píldoras me harán bien –dije.

Los hombros de mamá cayeron un poco, y miró brevemente al doctor Brown con ojos penetrantes.

–¿Le parece, doctor?

–Me parece un buen comienzo –frunció el ceño, y luego prosiguió–. Pero quiero examinarlo... por si acaso.

Al cabo de diez minutos de hacerme decir “aaa”, verificar mis reflejos, la dilatación de mis pupilas y escuchar mi respiración y mi corazón, el doctor Brown me entregó una receta de somníferos y una

tarjeta de derivación a un psiquiatra. Tenía el ceño fruncido y parecía estar pensando decir algo más, pero se limitó a estrecharme la mano.

–Cuídate, Parker. Estaré aquí si me necesitas.

\* \* \*

Mamá y yo apenas hablamos en el auto durante el regreso a casa. Mientras conducía, ella gruñía y casi ladraba a los demás conductores. Era obvio que no me creía, o no le creía al doctor Brown. Me puse los auriculares y subí el volumen de la música en mi iPod. Yo tampoco estaba muy contento con los resultados de la visita al médico, y por suerte ninguno de los dos quería hablar de eso.

Apenas llegamos a casa, fui a mi cuarto, cerré la puerta y llamé a Finn.

Atendió al primer timbrazo.

–Hola, amigo, ¿qué hay de nuevo?

–Nada. Necesito salir de aquí.

–Está bien. ¿Hablamos de ir al cine o de un escape del tipo “al sur de la frontera”?

Oí que masticaba algo en el fondo.

–Una película está bien.

–Genial. Paso a buscarte en unos minutos.

Cuando lo oí colgar, guardé el celular en el bolsillo y me senté en la cama. Simulé no oír a mamá, que hablaba en susurros con el doctor Brown por el teléfono de la sala.

–Sí, pero ¿cree que esté consumiendo algo? –pausa–. No, ya sé que no puede asegurarlo. Yo nunca encontré nada en su cuarto –una pausa más larga–. Está bien, le avisaré si empeora. Gracias, doctor.

La voz del doctor Brown, enumerando las etapas de la privación extrema de sueño, seguía rebotando en mi cabeza como una pelota

de goma encerrada. Ya había estado temblando mucho, y cada día era peor. Supuse que esos serían los temblores, de modo que lo siguiente era...

*Volverme psicótico y morir... volverme psicótico y morir... volverme psicótico y morir...*

El miedo se apoderó de mí. Ya no estaba seguro de si realmente era mejor saberlo. Me incorporé y fui hasta mi escritorio. Lo único que podía hacer era estar preparado. Era hora de investigar un poco más.

Abrí un buscador y escribí: *Psicosis*. Encontró una definición: “La psicosis es una pérdida de contacto con la realidad, que por lo general incluye ideas falsas acerca de lo que está sucediendo o de quién es uno (delirios) y ver u oír cosas que no están (alucinaciones)”.

Se me hizo un nudo en el estómago. Con esa definición de psicosis, la muerte parecía lo mejor que me esperaba. Me aterraban más las alucinaciones y los delirios que lo que vendría después. Lo que más me asustaba era convertirme en uno de esos monstruos que tanto había visto en sueños, no poder seguir mi propio código, mi propia moralidad. O peor: no poder distinguir la realidad de lo que mi mente crea... *esa* sería la verdadera pesadilla.

Me froté las manos para entibiarlas. Mi futuro parecía frío, aislante. Mi tipo de insomnio sería catalogado por todos como demencia.

Sonó el timbre de la puerta y apreté la tecla de encendido de mi computadora. Metí una mano en el bolsillo y, con la otra, tomé mi chaqueta. Necesitaba apartar mi mente de todo aquello. No podía solucionarlo; al menos, no en ese momento. Finn era la persona perfecta para ayudarme a distraerme. Todo en él decía *despreocúpate*.

–Voy al cine con Finn –grité en el pasillo–. Vuelvo más tarde.

–Está bien. Cuídate... y no hagas tonterías.

Aun a través de la puerta cerrada de su dormitorio, la voz de mi madre tenía un dejo de decepción.

Salí de la casa a toda velocidad. Apenas vi el rostro de Finn, me vino a la mente el primer sueño suyo que había observado. Memorable, era decididamente memorable: tenía doce años, estaba vestido como Superman y peleaba con una enorme cabeza de brócoli. Los sueños de Finn siempre eran... únicos.

Ni siquiera sus sueños más realistas eran lo que yo consideraría “normales”. Era por eso, principalmente, que me gustaba observar sus sueños más que los de cualquier otro. Los de Finn eran los que más se acercaban a lo que yo pensaba que podrían haber sido mis propios sueños.

Cuando teníamos trece años, le conté que yo observaba los sueños de la gente. Inmediatamente supuso que era una broma y, en lugar de tratar de convencerlo, cambié de tema. De todos modos, probablemente se habría espantado.

Finn estaba apoyado en el pasamanos de hierro forjado de la escalinata de nuestro porche. Al acercarme, percibí el aroma de su desodorante; olía a colonia de viejos. Tenía una camiseta que decía: *Haría flexiones, pero me gusta esta camiseta*, debajo del texto había una persona dibujada con palitos, sumamente musculosa. Meneé la cabeza. Así era Finn. Todo su guardarropa estaba lleno de cosas por el estilo.

–Qué bueno que trajiste mi auto –me pegué una sonrisa en la cara al tiempo que le quitaba las llaves de la mano.

–¿Acaso tengo la culpa de que mis padres me hayan comprado una porquería de auto que no pasó más de una semana fuera del taller desde que me lo regalaron la primavera pasada? –esbozó una gran sonrisa y las pecas salpicadas en su nariz se destacaron como lunares en una tela a la luz del atardecer.

–Bueno, claramente yo tampoco tengo la culpa.

Finn aferró su camiseta sobre el corazón.

–Lealtad, amigo. ¡Lealtad!

El sol espió por entre las nubes oscuras que cubrían el cielo, y estiré las manos mientras caminaba hacia el auto, para absorber el calor que se iba retirando. Las hojas aún estaban indecisas: la mitad en el suelo, la mitad en los árboles. Me sacudí la sensación de que se parecían demasiado a mí y pisoteé algunas secas que había sobre el césped frente a la casa, disfrutando su fuerte crujido bajo mis pies.

–Al cine primero, ¿no?

Finn bajó saltando los escalones que faltaban y se apuró para alcanzarme.

–¿Primero? ¿Vamos a hacer otra cosa después?

Me encogí de hombros.

–Tengo que comprar calzado de fútbol nuevo para ablandarlo antes de que empiece la nueva temporada.

–Mientras lleguemos a ver esa peli vieja de *Kung Fu*, no me importa qué más hagamos. Además, a ver si esos botines te ayudan a jugar mejor. Estoy cansado de bloquear todos los goles cuando los contrarios te roban la pelota –se encogió de hombros y se sentó del lado del acompañante.

–Si tú bloquearas más pelotas, yo no tendría que tratar de hacer goles.

Finn subió el volumen de la radio e hizo como si no me oyera.